

Nosotros y la muerte

● CHILE entero se preparaba para ser sede del Campeonato Mundial de Fútbol. El obtener tal designación había significado un despliegue de tenaz actividad de dirigentes para hacernos acreedores de tan honrosa distinción. De pronto, el radio dio la noticia de la sorpresiva muerte de Carlos Dittborn, uno de los hombres que se había jugado entero para quebrar la resistencia de los europeos que no tenían confianza en la capacidad organizativa de nuestro país en el campo deportivo. Esa tarde me subí a un taxi y el chofer me comentó de inmediato la dolorosa noticia, pero su comentario terminó así:

—¿Se da cuenta qué linda va a ser la inauguración del Mundial? Le van a hacer un homenaje tremendo al Sr. Dittborn y todo el Estadio va a estar llorando... ¡Yo no me la pierdo!

Con la mayor espontaneidad, ese chofer de taxi estaba revelando un rasgo del chileno que, si no le es exclusivo, al menos entra dentro del carácter nacional: La fascinación por la muerte, su encantamiento en el dolor, la fiesta que le significa una emoción penosa que lo lleve a nublar sus ojos.

Basta que alguien tenga una muerte trágica para que el alma popular le atribuya cualidades excepcionales. Y en los caminos, en las calles, en los apartados senderos de nuestros campos, aparecen las siembras de "animitas", acompañadas de velas, rogativas, mandas y oraciones especiales.

La ejemplaridad que, según los penalistas, tiene la pena de muerte no funciona con nosotros. Los casos de fusilamientos que ha habido han estado siempre rodeados del fervor popular, convirtiendo en víctima al victimario, en héroe al asesino.

Yo creo que a nosotros nos gusta compadecer, sentimos que al hacerlo experimentamos un sentimiento de solidaridad y de desprendimiento y, pasando por alto las palabras de Gorki, que señalaba que la compasión es la limosna de los pobres de espíritu, le atribuimos a ese sentimiento un valor superior.

Cuando la canción popular nos dice que "de la fiesta de los campos chilenos, el rodeo es la mejor", por respeto, seguramente, omite lo que constituye la más auténtica fiesta popular, sea ésta urbana o campestre: el velorio. En él hay un ceremonial que la tradición ha definido en el que no pueden faltar la mirada al muerto, las sacramentales frases de consuelo —"ayudándola a sentir, comadre"— y, por cierto, el generoso vino que nos acercará y alejará a la vez de la muerte que está, ahí no más, tan cerquita. Por algo el "Quita Penas", en zona limítrofe al Cementerio, goza de tanta popularidad.

Por mucho que las autoridades de nuestra televisión intenten proscribir las tele-series llamadas "cebollietas", por su extraordinario poder de hacer aflorar las lágrimas de los telespectadores, es difícil que tengan éxito en sus propósitos. Se dice que ellas trastracan o no representan nuestros valores nacionales y, sin embargo, si es y será tan difícil su erradicación es, justamente, porque ellas expresan un valor nacional: el encantamiento ante el dolor, ante la muerte, los sufrimientos y las desdichas. Y en eso, naturalmente, no estamos solos. Es una de las características de los países pobres.

Resulta paradójal que en los países ricos se inicien movimientos de opinión en favor de la eutanasia y parientes y amigos luchen por el derecho a cortar la vida de quien sufre y está irremisiblemente condenado a morir. Entre nosotros, quien está en ese caso es objeto de admiración, su agonía resulta ejemplar y tratamos de no perdernos detalles de los últimos días y las últimas horas del ser querido que nos deja.

Y si, por último, quieren un argumento irredargüible sobre la forma cómo nos fascina la muerte, preguntémosnos cuál es la expresión que nos nace espontáneamente cuando estamos en presencia de algo fabuloso, extraordinario, indescriptible.

Entonces, sólo atinamos a decir:

¡Es la muerte!

PARTIQUINO.

LA SEGUNDA